

Tú á Carlos, aunque él te agravia,
Agasáale discreto;
Yo al Rey, que mi ofensa traza
Al compás que me aborrece
Le pienso obligar más grata;
Hagamos de nuestra parte
Los dos: tú padece, calla:
Yo sentiré y penaré;
No te mueva la venganza,
Yérrate por mi esta vez,
Deja ofensas y amenazas,
Hoy corre tormenta el mar
Y se sosiega mañana;
Y en el golfo de palacio
No te admire la fortasea.
Noria es aquí la fortuna
Que á unos sube y á otros baja,
Y como da tantas vueltas,
Aquel que en lo alto estaba
Le verás llegar al centro,
Y que al compás se levanta
El que agora en el abismo
Las arenas consultaba;
Tambien hemos de llegar;
Y si es el mal de una causa,
Consuélame á mi otro poco
Y verás en mi constancia
Que recelas lo que pido
Y hago yo lo que tú mandas.

DON RAMIRO.

¡Ah, Señora! como el Rey
De Aragon, tu padre, honraba
A quien leal le servia,
Siendo la segunda causa
En su reino, agora siento
Mirarte á ti despreciada,
Y que fingiendo crueldades
Don Dionis no te agasaja;
No eres Reina en Portugal,
Siendo en Aragon infanta;
Vasallo era yo en mi reino,
Y aquí, Señora, soy nada;
Y viendo tales extremos
De firmeza y de mudanza,
Ni sé lo que me sucede,
Ni sé lo que por ti pásas;
Mándasme que disimule,
Que reprima las palabras;
Por lo que á mi me tocáre
Callaré; mas si villana
Lengua en tí pone defectos,
Vive Dios...

REINA.

Ramiro, basta;
No jureis, que Dios se ofende,
Y siendo Dios quien me ampara
Le estais ofendiendo á él
Cuando él mira por mi causa.
Dejemos esto, y llevad
Esta cadena, y gastada

(No se la da.)

En limosna á los pobres.

DON RAMIRO.

Ahora puedes guardarla,
Que un criado mio entró
Por dineros á mi cuadra,
Que ya los ha dado el cielo.

REINA.

Dios te lo agradezca: hoy ganas
Con mi amor y con el cielo:
Conmigo honra, con él gracia.

Sale TARABILLA.

TARABILLA.

Lucero de Aragon, alba en Castilla,
Dalde dos ó tres piés á Tarabilla.

REINA.

Seas muy bien venido.

DON RAMIRO.

¿Traes el dinero?

TARABILLA.

No; atencion te pido.

DON RAMIRO.

No has de hablar mucho.

TARABILLA.

Fuera maravilla
Que hable poco quien es la Tarabilla.
Sali de aquesta cuadra hasta la tuya,
Más alegre que toda la Aleluya, [te;
Por los cincuenta escudos que mandas-
Mas di con todo mi contento al traste,
Porque al pasar vi al Rey en una silla:
Estaba con la mano en la mejilla,
Atufado el semblante, y la presencia
Cara de quien escucha una sentencia;
Las acciones y el modo suspendido,
Talle del que ha jugado y ha perdido;
Descompuesto el sombrero,
Semblante tintorero,
Bebiendo pensamientos y razones,
Modo de responder pares ó nones;
Pateando á toda prisa, manoteando,
Mondándose las uñas, contemplando,
Arrugada la frente,
Ojos de decir coplas de repente:
Y parecia, en fin (¡triste tragedia!),
Poeta que le silban la comedia;
Yo que le vi atufado, me resuelvo,
Vengo, voy, y ¿qué hago? torno y vuel-
Esto es lo que ha pasado; [vo.
Mira que brevemente lo he contado.

DON RAMIRO.

Breve esta vez ha sido.

REINA.

Adviértote que traigas escondido
El dinero, que el Rey tiene mandado
Que yo no dé limosnas.

DON RAMIRO.

Ten cuidado.

TARABILLA.

¿Esto te ha de quitar? ¡Extraños modos!

REINA.

Dice que él la dará por mí y por todos;
Pero voy á saber lo que ha pasado,
Pues tal tristeza dices que ha cobrado.

TARABILLA.

Pues yo volver por la limosna quiero.

REINA.

Y tú aguarda, Ramiro. (Vase.)

DON RAMIRO.

Aquí te espero;

No te vayas, Tarabilla;

¿Hablaste con Blanca?

TARABILLA.

Sí.

DON RAMIRO.

¿Qué te dijo?

TARABILLA.

Estaba allí

DON RAMIRO.

Don Carlos.

DON RAMIRO.

No es maravilla.

TARABILLA.

Pero quiérote contar

Lo que con él me ha pasado;

Pero ya yo te he vengado,

Y así no te has de enojar

Con don Carlos.

DON RAMIRO.

Di el suceso.

TARABILLA.

Digo que á hablarla llegué,

Y como á Carlos miré,

Que me recelé confieso;
Púsemme atento á escuchar,
Y don Carlos le decia:
«Ramiro, Señora mia,
Me quiso el lienzo quitar,
Pero yo se le quité;
Y tambien muerte le diera
Si al campo salir quisiera;
No quiso, y yo le dejé.»
Yo que injuriarte le oí
Con semblante lisonjero,
Salgo y cáleme el sombrero
Y enderezo el tahali:
«Miente (le dije) el primero
Padre que al hijo engendró,
De quien el nieto nació
Que hizo al biznieto postrero,
Y á otros tres bizos, y este es
El que como más castizo
Al tataranieto hizo
De quien procedió despues;
Porque nació otro prolijo
Padre, y despues otro abuelo,
Que despues hizo á otro hijuelo,
De quien él viene á ser hijo.»
Desmentile su linaje.
«De un paje (me respondió)
No hago caso.» Y dije yo:
«Si soy paje ó no soy paje
En la campaña diré.»
Ligero como una paja
Bajo á la calle, y él baja,
Saco la hoja y le tiré
(Como tan valiente soy)
Estocada tan ardiente,
Que á no tenerme la gente
Presumo que no le doy.

DON RAMIRO.

No van tus discursos malos.

TARABILLA.

¡Oh si allí me hubieras visto!
(Ap. Miento, juro á Jesucristo,
Que me dió cuatro mil palos.)
Mas Blanca sale, Señor.

DON RAMIRO.

(Ap. ¡Si habrá á don Carlos crecido!
Confieso que estoy corrido.)
Habla, no tengas temor.

Sale BLANCA.

BLANCA.

Señor don Ramiro ¿aquí?

¿Posible es que en tanto tiempo

No me hablais ni me buskais?

Poco en vuestro amor merezco.

¿Ya se acabó la fineza

Con que hablando y lisonjeros

A los términos del alma

Llegaron vuestros acentos?

¿Qué hay de mí en vuestra memoria?

¿Y qué hay de vos en vos mismo?

Que quien de su amor no sabe

Menos sabrá del ajeno.

¿Qué tenéis aquestos dias,

Que os miro tan descompuesto,

Que callais, como que hablais,

Y que vais á hablar con miedo?

No os acabo de entender;

¿Teneis otro amor? ¿Ha hecho

Alguna dama en Lisboa

En vos tan distinto efecto?

Mas no puede ser, que á veces

Voy á querer tener celos;

Y os miro tan retirado

Que no hallo de quien tenerlos.

Y en parte, en parte me holgára

Que me los dierais, supuesto

Que los celos son agravios.

Pero el olvido es desprecio;

Mitigad el mal conmigo,
Hareis menores los riesgos,
Que entre dos que bien se quieren
Nunca se guardan secretos;
Si no es que me aborreceis.
Débaos yo, pues tanto os debo
De finezas y dulzuras,
Saber vuestro mal que es ménos;
No os dejéis llevar de todo,
Dad al oido el remedio,
Que el que ve el mal desde fuera
Suele acertar el consejo.

DON RAMIRO.

No os admiren, Blanca hermosa,
Mis groseros desaciertos,
Voy á hablar, y temo hablar,
Vuelvo otra vez y enmudezco;
Quiero dilatar la voz,
Y al esforzarme no puedo;
Si dejo de hablar, á un punto
Los males dentro del pecho
Se esfuerzan por arrancarse;
Si los digo, es nuevo yerro,
Que sentirlos y decirlos
Aumentan el sentimiento;
Y si diciendo las penas
Es cierto que las aumento,
Más vale sentirlas solo,
Y así en el pecho las dejo.

BLANCA.

¿Una pena (siendo tantas)
No me direis? ¿No merezco
Siquiera que yo os aplique
A lo que pueda el remedio?

DON RAMIRO.

No, Blanca hermosa: no, Blanca;
Ni una pena decir quiero,
Que son tantas las que lloro
Y tantos males padezco,
Tan iguales las injurias,
Tan acordes los tormentos,
Que si una quiero decir,
Las demás penas, de celos
Que á unas llame y á otras deje,
Se levantarán del pecho.
Y como son tantas penas
Que no hay para hablarlas tiempo,
Y es cierto que cada una
De por sí querrá primero
Salir, cuando llamo á una
Las demás penas ofendo;
Y así, ni puedo la una
Nitas otras decir puedo.

BLANCA.

Pues yo Ramiro te estimo
Tanto, que si fuera cierto
Que yo tuviera tus penas,
Y si supiera que á un tiempo
Gustáras de oirlas todas,
Tanto á tu fineza debo
Que por los ojos brotára
A diluvios sentimientos.
Y para ejemplo de amor
Me rompiera el blando pecho,
Y tú por sólo no dar
A tus mismas penas celos,
Encubres á quien te adora
Un sentimiento que es ménos.

DON RAMIRO.

Digo, pues que tú lo gustas,
Que don Carlos siempre necio...

BLANCA.

La Reina sale, Ramiro;
Para luégo lo dejemos.

DON RAMIRO.

Hasta agora no queria
Decir mis penas, y luégo
Que al empezar con la una
Los demás pesares nuevo,

Por salirse de tropel
Me revientan en el pecho.

Sale LA REINA con un lienzo en la mano.

REINA.

¡Don Ramiro! ¡Doña Blanca!

BLANCA.

¡Señora!

REINA.

Mucho me alegro

De hallarte aquí.

BLANCA.

Soy tu esclava.

REINA.

Saber, Blanca, de ti espero

Si acaso se te cayó

En palacio aquese lienzo.

BLANCA.

Si, Señora.

REINA.

Pues si es tuyo

Tómale; pero te advierto,

Blanca, pues eres discreta,

Que otra vez mires primero

Cómo le traes en palacio,

Porque hay en él muchos necios

Que suelen argüir mal

De ver un lienzo en el suelo,

Y aunque pudo haber malicia,

Ya sabes que no lo creo.

BLANCA.

Yo, Señora, sabe Dios...

REINA.

El disculpate es el yerro.

Sale TARABILLA con el dinero.

TARABILLA.

Señora; ya están aquí

Los cincuenta escudos; pienso

Que aguardan en la antesala

Dos mil pobres, y si cuento

Irlandesas y chiquillos,

No hay número para ellos;

Que estas son tan pedidoras,

Que cuando no hallan dineros

Piden que de caridad

Les hagan un niño destos.

Pero un pobre vi allá fuera

Que fué un tiempo tabernero

Y es pobre de puro tonto.

DON RAMIRO.

¿Cómo es aqueste misterio?

TARABILLA.

Como tenia el mejor pozo

Del lugar, y fué tan necio

Que no se aprovechó dél;

Parece á otros taberneros

De agora, el grande salvaje,

Que compran el vino léjos

A real la azumbre, y aquí

Le venden al mismo precio,

Beben dél, convidan dél,

Pagan portes y arrieros,

La sisa, alcabala, casa,

Penas, gastos y cohechos;

Visten, calzan, triunfan, comen,

Y sin ser milagro aquesto,

Sobra la mitad del vino

Y sacan libre el dinero;

Pero toma esta limosna,

Señora, en la falda.

REINA.

Hoy quiero

Salir á darla yo misma;

Tú mira si salir puedo,

Porque no me encuentre el Rey;

(Vase Blanca.)

Y tú como limosnero

Me preven todos los pobres.

DON RAMIRO.

El cielo pague tu celo.

(Vase.)

Y tú vete á esotra cuadra.

REINA.

Obedecerte es mi intento;

Pero mira que don Carlos

Me vió traer el dinero.

(Vase.)

A mi esposo hallé encerrado

Con don Carlos en secreto.

¡Triste ántes, y agora oculto!

Alguna desdicha temo.

Pero voy á socorrer

A los pobres y obre el cielo,

Y si él quiere que padezca

Sólo padecer deseo.

¡Señor! (Va á salir y cógela el Rey.)

REINA.

¿Qué es esto, Isabel?

REINA.

Es que vos... que yo... no acierto

A decirlo, ¿qué diré?

REINA.

¿Qué llevais aquí? (Ap. Sospecho

Que lo que Carlos me dijo

No debe de ser incierto,

Pues me avisó que la Reina

Salía de su aposento

A dar limosna.) Isabel,

¿No os he dicho que no quiero

Que por vuestra mano deis

Limosna? ¿Qué, no hay remedio

En vos? Harto mejor fuera...

REINA.

¿Yo, Señor, en qué os ofendo?

¿He dado limosna yo?

REINA.

No, mas viene á ser lo mesmo;

Pues llevais en vuestra falda

Dineros para ese efecto.

REINA.

Señor, os han engañado,

(Ap. Amparadme, hermoso cielo!)

Porque estas son unas flores

Que fui en el jardin cogiendo

Para el altar.

REINA.

No es posible,

¿Flores en aqueste tiempo

Siendo invierno? Ya conozco,

Isabel, lo que en vos tengo,

Que en todo me engañará

Quien quiere engañarme en esto.

REINA.

Esto es verdad.

REINA.

No es verdad;

No está el desengaño léjos:

Mostrad.

REINA.

Señor...

REINA.

Acabad;

Pero, ¿qué es esto que veo?

Flores son, tenéis razon.

(Descubre la falda, y donde echó el

dinero halla flores.)

REINA. (Ap.)

Miró por mi causa el cielo.

REINA.

¿Qué prodigio es el que miro!

REINA.

Señor, conoced los yerros
De los que en vuestro palacio,
Atrevidos, lisonjeros,
En mi honor y en vuestro honor
Imponen vanos defectos.

REY.

¡Eso habeis de pronunciar?
Cerrad el labio grosero
En vuestro honor y en el mio,
Y hoy dais á entender con esto
Que teneis algunas culpas
Y pensais que yo lo entiendo.
(Ap. ¡Qué aun esto no me convenza!
¡Qué pesado es un recelo!) (Vase.)

REINA.

Fuése y dejéme; ¡á vos, Cruz,
Soberano firmamento,
Escala del cielo impíreo,
En que aquel manso Cordero
Murió por mí, á vuestros clavos
Esta Cruz tambien ofrezco!
Pero la limosna ¡ay Dios!
Se volvió en flores, y es cierto
Que me aguardarán los pobres.
Buscar á Ramiro quiero.

Sale UN NIÑO vestido de peregrino.

Mas, ¿quién es?

NIÑO.

Un peregrino
Que viene de extraños reinos
Á pedir una limosna.

REINA.

Aunque limosna no tengo,
Esperad, iré á buscarla;
Mas, ¿cómo en este aposento
Habeis entrado?

NIÑO.

Soy niño,
Y aunque me entré con recelo
A buscaros, me dejaron,
Si no fué que no me vieron.

REINA.

Esperad, niño glorioso,
Traeros limosna.

NIÑO.

Aquí espero.
(Vase la Reina, y en tanto bajan por la
tramoya dos ángeles con una cruz
en medio, y el Niño se pone en ella,
y suben y sale la Reina Isabel.)

REINA.

Tomad, niño, este vestido;
Pero, ¿qué es esto que advierto?

NIÑO.

Esta es tu cruz, Isabel;
Este es, esposa, el madero
En que me he puesto por tí;
Sufré tú esa cruz, que el cielo
Te guarda en satisfacción
En su alcázar el asiento.

REINA.

Mil muertes por vos sufriera;
Dejadme ver desde léjos
Vuestra gloria.

NIÑO.

Sube, pues,
Volverás á sufrir luego.
(Sube la Reina por otra tramoya, y
juntanse en lo alto y vuelven, con
que se da fin.)

JORNADA TERCERA.

Salen SANTA ISABEL, con un lienzo
en los ojos, DON RAMIRO Y BLANCA.

BLANCA.

Deja, Señora, el llorar,
No le des al sentimiento
Más quilates de tormento,
Más incendio en que penar;
Si no es ya que por vivir
Inmortal en tu tristeza,
Has hecho naturaleza
El suspirar y el sentir.

DON RAMIRO.

Si no basta entre cuidado
No vivir arrepentido,
Más vives de lo sentido
Que mueres de lo llorado.
Y si el llanto desigual
Es pasión y no accidente,
En tí el bien es contingente
Y en tí la pena inmortal.

BLANCA.

Dejen de correr dos mares
Por la márgen de tus ojos,
Dinos, Reina, tus enojos,
Consultanos tus pesares.

DON RAMIRO.

Tu vasallo soy, Señora.

BLANCA.

Y yo tu esclava he de ser;
Bien puedes ya suspender
Lágrimas, divina aurora.

REINA.

No puede haber suspension
En tan hallado tormento,
Pues las lágrimas que siento
Sudores del alma son.
Si el llorar es descansar,
Estos efectos ignoro,
Pues tanto cuanto más lloro
Tanto más vengo á penar;
¡Ay doña Blanca! ¡ay Ramiro!
¡Oh qué eterno es mi dolor!
Un Etna es cada temer
Y un volcán cada suspiro.

BLANCA.

En halde es nuestro desvelo,
Si á una pena introducida
Que le hallamos la salida
Le buscas el desconsuelo;
Mírate cuando te agrado
En los dos como en espejo,
Y admita ahora el consejo
Quien no desprecia el cuidado.

REINA.

Todas son sendas inciertas;
Esas dos puertas cerrad
Y mi desdicha escuchad.

DON RAMIRO.

Ya están cerradas las puertas.

REINA.

Bien sabes tú, doña Blanca,
Ya te acuerdas, don Ramiro,
Que de Aragon, nuestra patria,
Para Portugal salimos
Seis años há á desposarme
Con el rey Dionis invicto.
Más que de las voluntades
Monarca de su albedrío,
Contra mi gusto, pues fué
Siempre mi primer desinio
Ser esposa de otro dueño
En la Orden de Francisco,

Recibiendo aquel sayal
De aquel seráfico asilo
Que es la gala de los muertos,
Es mortaja de los vivos.
Y aunque en tantas ocasiones
De consejos necesito,
En esta con más razon
Que me aconsejéis os pido:
No tengo de quien fiarme
Si no es de los dos, amigos,
Ni cosas de tanto honor
(A no ser los dos tan míos),
Fiara en tan graves daños.

DON RAMIRO.

Acaba, Señora, dinos
La causa de tus dolores
Y efecto de tus suspiros,
Fiate de nuestros pechos,
Prosigue, acaba.

REINA.

Prosigo:
Cárlos, privado del Rey,
Este vasallo que altivo
Tirano de aqueste imperio
Hasta la cumbre ha subido
Por agasajos al Rey,
Mintiendo el afecto mio
Me trae inquieto á mi esposo,
Con tanto extremo, que ha sido
Causa de arrojarse el Rey
Por pasos de error lascivos,
Siendo escándalo de todos
Al último precipicio,
Pues que tiene en una dama
(Que bien conoces) dos hijos:

Yo, pues, más que de los celos,
Llevada del cielo pio,
Reprendiéndole á don Cárlos
Los introducidos vicios,
Se ha indignado con mi honor
Tanto en su primer designio,
Que en venganzas ha trocado
Los escarmientos debidos;
¡Con qué de afectos lo lloro!
¡Con qué penas lo publico!
Y él por su causa ha mandado
Contra los intentos míos
Que ningún pobre entrar pueda
Dentro en palacio, y he visto
Que con mi esposo y mi Rey
Me ha descompuesto atrevido;
Si entro á hablarle se retira,
Oféndese si le obligo,
Si amorosa le agasajo
Y á saber su pena aspiro,
Con los ojos me responde
En lenguas de basiliscos;
Cuando me habla, por cumplir
Lo que se debe á sí mismo,
Vienen á ser sus afectos
Palabras de dos sentidos;
Anda confuso, suspenso,
No sabe de su albedrío,
No habla á propósito nunca,
Y suele, si está dormido,
Levantarse de repente
Dando voces y suspiros;
Háse negado á mi lecho;
Míentese al amor más limpio;
Todo es rigor en sus ojos,
Todo en su mano es castigo;
Estos dias en la Audiencia,
A los menores delitos
De las causas del honor
Hace ejemplares castigos;
Y, en efecto, ¡ay Blanca! ¡ay Blanca!
Declarándose conmigo
Me quiere dar á entender
Que sus daños solicito;
Ardo del mal de su enojo;
Tú eres la causa, Ramiro;

Pues él me aborrece sólo
Porque como á mí te estimo,
Si te aparto de mis ojos,
Hago culpa el que fué indicio,
Y dura este mismo fuego
Si te dejó á estar conmigo;
Cárlos siempre me persigue,
Dale el Rey gratos oídos,
El es mucho riguroso,
Es el Rey poco advertido;
Yo no sé volver por mí,
Mis ofensas solicito;
Mi padre no sabe el caso,
Yo tampoco se le escribo;
Y en este mar de fatigas
Lloro, siento, peno, gimo,
Recelo, callo, consiento,
Ardo, reviento, suspiro,
Y cuando osada me aliento,
Cuando piadosa me animo,
Me combaten las congojas,
Me desmayan los suspiros;
Dadme agora los consejos;
Pues en el mal que conquisto,
Ni me vale cuanto anhele
Ni basta cuanto agonizo.

DON RAMIRO.

En tan graves accidentes,
En oprobios tan prolijos,
Sólo al último remedio
Te llama el consejo mio;
Padre tienes generoso,
Valiente, constante, altivo,
Escribe tus cuidados,
Sea por los propios fijos;
Si te agravia la intencion
Ejecutado el castigo,
El sabrá venir por tí;
Deja los afectos pios,
Que aun el mismo cielo quiere
Dejarnos los albedrios;
No la cristiandad te obligue
Ni tu amor, pues imagino
Que es la defensa virtud
Cuando es el daño preciso;
El agravio es evidente,
El desprecio es excesivo,
Hállete en lo resistente
Quien te culpa en lo benigno.
¡De suerte, que quieréis, Reina,
Dando el honor parasismos,
Eternizarte en las penas
Y cerrarte los caminos,
Atajando las pisadas
Para tu remedio mismo?
Si das limosna á los pobres,
Se confirma por delito
Lo que piedad viene á ser;
Y cuando con amor fino
Amorosa le agasajas,
Más y más tu esposo indigno
Se viste de su crueldad;
Pues gane lo vengativo
Lo que la piedad no alcanza;
Al más empinado risco
Que el lince á los cielos roza
Un confuso vientejillo,
Si de la montaña se halla
En las venas oprimido,
Luchando tres elementos
La reduce á su principio;
La luna tal vez se mira
Que suele con rayos tibios
Eclipsar luces al sol
Que arruga en su rostro limpio;
Cuando una nao de la India
Huella el recatado lino
Cortando azules peñascos
Entre los surcos y rizos,
Siendo tan grande la nave
De la quilla al tope mismo,

REINA.

Tú puedes quedarte aquí,
Blanca.

BLANCA.

Obedecerte elijo.

Sale EL REY.

REINA.

Esposo, tanto honor, tantos honores,
¡Vos á verme en mi cuarto! ¡A estos fa-
Como tan vuestra aspiró! [voses,

REY.

Señora. (Ap. ¡Vive Dios que está Ramiro
En la sala! ¡Qué pena! ¡Qué tormento!
¡No sé cómo lo miro y lo consiento!
¡Qué haré, cielos?)

REINA.

Señor, ¿haber venido
A verme es causa de que suspendido
Os haya mi agasajo y mi deseo?

REY.

Vine porque sí á mí... pero no creo
Que estando Blanca aquí...

REINA.

¿Qué decis?

REY.

Nada

(Ap. El alma está turbada,
Y tanto en mi tormento se provoca
Que salió el sentimiento por la boca;
Dejadme, cuidadosos desconsuelos,
Pero no son cuidados, que son celos.)

DON RAMIRO. (Ap.)

El Rey está indignado,
Con los ojos hablando se ha mostrado
Su prolijo accidente:
Callando dice aun más de lo que siente.

REY.

(Ap. Disimular importa;
Mal mi pecho encendido se reporta,
No hay cosa que me cuadre.)
Una carta teneis de vuestro padre;
Salid por ella, que os aguardan creos.

REINA.

Voy con vuestra licencia.

REY.

¡Honor, qué veo!
¡Cielos, qué sufrimiento me condena!

REINA.

Don Ramiro, tomad esta cadena
Y dádsela á los pobres.

(Vase, y dale la cadena sin que lo vea
nadie.)

DON RAMIRO.

Voy, Señora.

(Cuando se vaya le llame el Rey.)

REY.

No os vais, Ramiro.

BLANCA. (Ap.)

De temores llora

Mi corazón amante,
Pues le amenaza el Rey en el semblante,
¡Qué airado! ¡Qué severo!
Aquí esconderme quiero.
(Escóndese Blanca.)

DON RAMIRO.

(Ap. ¡Qué temo! Llego á hablarle!
¿Qué me ordenas?)

Ya espero á que me mandes.

REY.

Esperad, que ya vuelvo.
(Vase el Rey, y cierra todas las puer-
tas.)

Abre, pues, tu intencion sigo.

DON RAMIRO.
Aquí os aguardo;
¿Qué es esto? ¿Más agora me acobardo?
En desdicha, en mis males tan ajena?
¿Si vió el Rey que me daba la cadena,
Y por aquesta causa me ha llamado?
Todas aquellas puertas ha cerrado,
Si escondo la cadena y él la halla,
Hago culpa el indicio: el arrojalla
No es remedio, y agora he reparado
Que el Rey con atención no me ha mi-

rado,
Y hoy viene á ser de San Dionís el día,
Y es tan pública en todos la alegría
Que el Rey no ha de juzgar por cosa

ajena,
Que en tal día me ponga una cadena,
Y diré, si él la ve, con osadía,
No que aquí me la dió el que la traía;
Y pues no hay riesgo en ello,
Echarme quiero la cadena al cuello:
Él entra ya, por Dios que estoy turbado;
Mas en ninguna ofensa estoy culpado;
Obre benigno el cielo,
De su crueldad á mi inocencia apelo.

Sale EL REY.

REY.
(Ap. Aquesta es buena ocasion,
Cerradas están las puertas,
El alma he de examinarle:
Al arma, viles sospechas.)
¿Don Ramiro?

DON RAMIRO.
Esclavo vuestro.
(No le mire el Rey.)

REY.
Porque argüir no se pueda
Que sin evidentes cargos
Os confirmo la sentencia
Hoy sin que os mire á la cara,
Porque no es razon que vean
Mis ojos á quien me ofende,
Ni es razon que yo me vengza
A daros perdones tantos
Cuando os culpan las ofensas,
Atended á lo que os hablo.

DON RAMIRO.
Señor, ya que te prometas
Tan recto al delito mio,
Si es delito la obediencia,
Mirame, airado ó piadoso,
Mirame, Señor, siquiera,
Y sean jueces los ojos
De lo que afirma tu lengua.

REY.
Esto no fuera castigo,
Antes premio á ser viniere:
No os he de mirar, en fin;
(Ap. ¡Basta, honor! ¡Déjame, ofensa!)
¿No os he mandado, Ramiro,
Mil veces que por las puertas
De los cuartos de mi esposa
No entrais con tanta imprudencia?
¿Que no deis limosnas suyas,
Puesto que son de mi hacienda,
Y es tanta la que me gasta
Que la mitad de mis rentas
Consumen en sólo limosnas?
¿Vos pensais que no me enseñan
Mis acciones á regirme,
Sin que fantasmas vuestras
Os lleven á vuestro daño.
¿Débese más obediencia,
Cuando el Rey es el señor,
A preceptos de una Reina?
Direis que sois su vasallo,
Y que... pero no es aquesta
Razon para este descargo,

Y así la culpa por necia;
Y aunque es muy poco el castigo,
Salid de Lisboa, y sea
Esta noche; porque quiero,
Sin que otra razon me vengza,
Castigar vuestras traiciones,
Porque...

DON RAMIRO.
Señor...
REY.
Ya me lleva
Mi pasion.

DON RAMIRO.
¿Señor! ¿Señor!
REY.

¿Quereis darme la respuesta?
Decid, porque vuestra culpa
Os castigue y os convenza.

DON RAMIRO.
¡Ah, Señor, y qué arrojado
Te vencen tus apariencias!
Tú que el ejemplo del mundo
Eres, y tú en quien encierra
Prodigalidad el pecho,
Noble el alma, resistencia,
De dos tan distintas cosas,
De dos cosas tan ajenas
Te llevas con la pasion,
Con la ceguedad te llevas;
Dame licencia, Señor,
Para que decirte pueda
Seguro mi sentimiento.

REY.
Si la doy porque os convezan
Las razones que poneis.

DON RAMIRO.
Pues digo con la licencia,
Aunque no es en este caso
La que me diste primera.
Que quiero argüir contigo.
En tu propia conclusion
Mi lealtad en mi inocencia
Aqui del discurso tuyo?
Si en las zonas más adversas
Que el ártico polo manda,
Y el sol avariento peina,
Por el Rey más generoso
Tanto clarín te confiesa,
Tanta fama te divulga,
¿Por qué quieres tú que crea
Que el evitar las limosnas
A mi señora la Reina,
Procede más que de enojo
De la pobreza que alegas?
Señor, si das en una hora
Más que te valen las rentas
En un año, y ella sólo
Vestida de su clemencia,
Da á los pobres generosa
Lo que tú le das á ella,
¿No se conoce evidente
Que de otra causa diversa
Proceden esos enojos,
Nacen esas inclemencias?
Luego si conozco yo
Que no hay en aquesto ofensa,
Y que es achaque del gusto
Y no de su error fineza,
No delinquiré en la culpa,
Puesto que pás á evidencia
El conocimiento mio;
Porque no era causa esta
Para faltar al afecto
De una esposa y una Reina;
Mas aqueste rigor tuyo,
O nace de otra sospecha,
O me falta la razon.

¿No ves aquella culebra

De cristal, aquel arroyo
Que por la blanca maleza
Deste risco de diamante
Al rudo mar se descuelga?
Pues bien se ve donde para;
Pero como se despeña
Del copete desa roca
Que el linde á los cielos besa,
No se sabe dónde nace;
Al revés en tí se advierte;
Tu ira, tu enojo, tu rabia,
Tu rigor y tu imprudencia:
Que así se puede llamar
Como dentro de las puertas
De palacio algun traidor
A que lo creas te fuerza,
Se sabe de dónde nace.

Pero no que fines tenga.
¿Ah, Rey señor! un error
Vale en tí más que una idea:
Un discurso te acobarda,
Una vil pasion te ciega;
Ea, Señor; ea, Rey,
¿Qué se ha hecho tu prudencia?
¿Adónde está tu cordura?
Mirame te pido; ea,
Merezca aquesta disculpa,
Oye otra causa más cierta:
Cuando un hombre está culpado,
Si es bien nacido le afronta
La traicion, el mismo cargo,
El delito, la obediencia,
Le acobardan tan corrido,
Tan delincentemente le alteran,
Que para dar la disculpa
Los ojos fija en la tierra,
Y da á entender su delito
Aun en lo mismo que niega;
Pues si yo fuera culpado
¿No se viera en mi respuesta
El indicio de mi culpa?
Que no hay lengua tan discreta
Que á una traicion cometida
Sofisticamente vengza.
¿No basta hoy esta disculpa
Que los discursos aprieta?
Sin duda estás convencido,
Porque el actor cuando enseña
Cargos que están asentados,
Siendo la probanza cierta,
Cara á cara las arguye,
Rostro á rostro las alega;
Mas si vuelves las espaldas,
Y enmudeces, hoy me enseñan
Que en favor me quieres dar
Actor ó juez la sentencia.

REY.
(Ap. Ahora bien, mirarle quiero;
Porque si es opinion cierta
Que confiesan los semblantes
Lo que han negado las lenguas,
Puede ser que el rostro diga
Lo que hablando no pudiera: (Miralo.)
En efecto, don Ramiro...
(Ap. ¿Mas no es esta la cadena
Que confuso y receloso
Le di una tarde á la Reina?
Ella es, y viven los cielos...
Pero aqui sobran sospechas
Cuando á los ojos del alma
Pasaron las evidencias.)
Digo que teneis razon;
Seamos amigos, y sea
Despues de aquestos enojos
Esta la última experiencia;
Dadme los brazos.

DON RAMIRO.
Los pies
Quien es tu esclavo merezca.
REY.
Levantad. (Ap. ¡Cielos, qué intento!)

¿Quién os dió aquesta cadena?

DON RAMIRO.
Es de... pero... ya no sé...
REY. (Ap.)

Turbóse, cielos! ¿Qué espera
Mi sentido corazón?

DON RAMIRO. (Ap.)
Si acierto á no darle cuenta
De la verdad... pero en fin...

REY.
Villano, si á tu defensa
(Sácale la espada á él.)
Viniera el mundo, tu espada
Te ha de dar la muerte mesma.

Sale BLANCA que estaba escondida.

DON RAMIRO.
Señor, ¿en qué te he ofendido?
Deten la cuchilla fiera.

BLANCA.
Rey, Señor, así...
REY.

¿Qué es esto?
BLANCA.

Ansí tu heroica diadema
En los átomos del sol
Se esmalte de rubias hebras,
Que á Ramiro, que á mi esposo,
(Que lo ha de ser) no le ofendas;
Tu vasallo, Señor, es;
Yo le estimo, y así fuera
Impiedad de mi constancia,
De mi amor mucha paciencia,
Que tú le quites la vida
Si á mi con ella me dejas.
Detras de aquesta cortina,
Cuando cerraste las puertas,
Recelando algun peligro
Puede quedar encubierta.

REY.
Basta, Blanca, no prosigas;
Tal estoy que entre mis penas,
Llevado de una pasion
Torpe el discurso y paciencia
Sin saber de mi arrojado;
Pero lo que fuere sea.
(Arroja la espada, y vase)

Toma, Ramiro, tu espada.
DON RAMIRO.
Vivas edades eternas.
¿Qué dices, Blanca, de aquesto?

BLANCA.
Que conozco tu inocencia,
Y que aunque es santa Isabel,
Y aunque la vida me debas,
El Rey airado se incita,
Cárlos traidor le gobierna,
Que huyas á Aragon si quieres
Librarte, aunque ausente muera.

DON RAMIRO.
Sin tí no quiero la vida.

BLANCA.
Huye, Señor, no te pierdas.

DON RAMIRO.
Contigo será ganarme.
Que es otra muerte la ausencia.

BLANCA.
Pues yo moriré contigo.

DON RAMIRO.
Yo viviré en tu belleza.
(Vanse.)

Sale DON CARLOS.

CÁRLOS.
A una traicion inducida,

A una piedad intentada,
¡Oh cuán fácil es la entrada!

¡Cuán difícil la salida!
Aventurando la vida,
Inducido de un rigor,
Obligado de un temor
Sin poderme reportar,
Yo mismo me vengo á entrar
En el lazo de mi error.
El Rey me quiere, de suerte
Que en su amor está mi engaño,
Si le digo el desengaño

Es labrarme yo mi muerte;
Seguir la traicion es fuerte
Delito de mi sentir;
Ingratitud proseguir;
¿Qué haré, pues, sabio dudar,
Si el conseguirla es matar
Y el declararla es morir?

¡Válgame Dios, qué pesado
Es un impulso advertido,
Pues llora lo corregido
Los defectos de lo errado;
Y aunque me hallo reportado,
En el rigor, más constante
Sigo el destino arrogante;
Y ya por no poder más,
Si quiero volverme atrás
Es volver más adelante.

Empecé aquesta traicion
Contra Isabel y Ramiro,
Y cuánto á su mal aspiro
Me induce la obstinacion,
Con razon ó sin razon
Ya cometí exceso tal;
Y así el discurso inmortal
Me asegura que es mejor
El vivir por lo traidor
Que el morir por lo leal.

Sale LA REINA.

REINA.
Cárlos en aquesta sala
Hablando consigo está,
Hoy de mi piedad verá
Que á sus traiciones iguala.
¿Cárlos?

CÁRLOS.
Señora.

REINA.
Con vos
Tengo un mal que declarar.

CÁRLOS.
Bien le podeis consultar,
Solos estamos los dos.

REINA.

Desde que vine á Lisboa,
Que pienso que habrá tres años,
A casarme con Dionís
Por concertos de don Vasco,
Bien contra mi voluntad,
Tan contra mi honor os hallo,
Tan contra mi sangre os miro,
Tan negativo os reparo.

Que excede vuestra imprudencia
Los límites de vasallo.

Cárlos yo he de convenceros
Esta vez; pregunto, Cárlos,
¿En qué os he ofendido yo
Que arrogante y temerario
Me poneis mal con mi esposo
Porque vuestra traicion callo?

¿Porque os sufro descompuesto,
Porque fiel os agasajo,
Porque me perseguis cruel,
¿Qué me respondes, don Cárlos?
Enmudeces, enmudeces;
Si no te obligo rogando
Como Reina, si no quieres
Obedecerme vasallo,
Como una humilde mujer
Que viene á pedir tu amparo
A tus pies este favor (De rodillas.)
Con sudores destilados
Del alma que los arroja
Pido, si Reina no basto.

CÁRLOS.

Señora...

REINA.

Por Dios lo pido,
Sé piadoso que así alcanzo

Me perseguis? ¿Es razon
Cuando yo, contra los hados,
Soy diamante en la firmeza,
Soy en la dureza mármol?
¿Es de un rigor convencido
Y de una pasion llevado,
Me tocais en el honor:
¿Que no llegue á lastimaros,
Mirarme tan perseguida!
Ansí á los blasones claros
De los reyes vuestra lengua
Impone defectos varios.

¿Qué os hizo, decid, Ramiro,
En vuestro enojo? Si acaso
Es porque á Blanca pretende
Con amor tan limpio y casto
Que no pasan sus intentos
Del límite del recato:
Si es porque vos la queis
Por esposa, habládme claro,
Y os la daré, Cárlos: ea,
Basten ya rigores tantos;
Yo os disimulo traiciones,
Y vos rebelde, obstinado,
Os dejais llevar de vos;
No solteis la rienda al daño,
Sed amigo agradecido
A mi amor: ejemplos varios
De agradecimiento hay;
El gavilan que volando
Tan soberbio se remonta
Que en los aéreos palacios
Ni deja la garza alitiva
Ni olvida el jilguero ufano
Por satisfacer la hambre,
Pues haciéndolos pedazos
Trincha con sus propias uñas
Las tiernas carnes, dejando
En monumentos de pluma
Su espíritu sepultado;
Cuando quiere anochecer
Discurriendo por los campos,
Príncipe de las campañas,
Por tener los pies helados,
Un pájaro en ellos prende
Que le da calor, en tanto
Que la primer luz del día
Dora los montes nevados;
Y con poderle tragar
A aquel beneficio ingrato,
Le suelta por la mañana,
Y hácia otra parte volando
Por no encontrarle encamina
El vuelo precipitado.
Pues si un ave reconoce
Aquel beneficio escaso,
Siendo irracional prodigio,
Tú, que beneficios tantos
Recibes de mi y del Rey,
¿Por qué con tantos engaños
Muriendo le haces vivir
Y me haces morir pensando?
Ea, véncete y acaba
Tanto mal nacido agravio,
Reporta tus sentimientos.
¿Qué me respondes, don Cárlos?
Enmudeces, enmudeces;
Si no te obligo rogando
Como Reina, si no quieres
Obedecerme vasallo,
Como una humilde mujer
Que viene á pedir tu amparo
A tus pies este favor (De rodillas.)
Con sudores destilados
Del alma que los arroja
Pido, si Reina no basto.

CÁRLOS.

Señora...

REINA.

Por Dios lo pido,
Sé piadoso que así alcanzo

Este favor; de tus piés
No he de levantarme en tanto
Que no me hagas este bien.

Sale EL REY.

¿Qué es aquesto?
REINA.
Que he llegado
De una injuria que le hice
A pedir perdón á Carlos,
Y es tan leal y tan noble
Que la ofensa ha perdonado.

¿Pues de rodillas te pide?
REINA.

Mícele tan grande agravio
Que me dejé de ser Reina,
Y con mi afecto postrado
Le pedí me perdonase;
Pero en vos, Señor, no hallo
Camino para pedirlos...

Basta.

Ya sé que os enfado
Con palabras y con obras;
A recogerme á mi cuarto
Me iré; perdonad, Señor.
¡Dadme, cielos, vuestro amparo! (Vase.)

¿Carlos, qué ha sido este exceso?
CÁRLOS.

(Ap. ¿Qué haré? ¡Cielos soberanos!
Si le digo la verdad,
Infelice muerte aguardo;
Si prosigue mi traición,
A la Reina y su honor falto;
Pero mi vida es primero.)
Señor, fué... (Ap. ¡Cielos! no hallo
Caminos con que acredite
Los empezados engaños.)

¿Vos dudáis? Carlos, amigo,
Contaldo, acabad, contaldo.

Señor, como ve la Reina
Que contigo valgo tanto,
Y que hoy por enojos tuyos
A Ramiro has desterrado,
Me dijo que te pidiese
Que mandes que entre en palacio.
Esta es la verdad, Señor.

Eché la evidencia el fallo;
Llama á Ramiro.

Ya voy. (Vase.)

¡Oh tú, de los cielos astro,
Que mueves segunda causa,
Tanto impulso soberano!
¿Qué me quieres? Déjame
Ésos que destilas rayos
Al índice de mi vida
Reprime, basten agravios;
Al honor de un rey te opones;
Pero no, estrella, no alcanzo
Que tú me infundas desdichas,
Para estas penas me guardo
Que contarán los anales
De los venideros años;
Pero aquí viene Ramiro.

Sale DON RAMIRO.

Ahora me ha dicho Carlos

Que me llamais.

REY.
Así es;
Ramiro, los desengaños
Son espejos en que el sol
Mira sus dorados rayos;
Sois noble, sois bien nacido,
Y sé que he estado engañado;
Y si un Rey puede pedirlos
Que le perdoneis, cobraos
De la ofensa recibida,
Y dadme agora los brazos,
Que hoy quiero poner el cetro
Y corona en vuestras manos.

El Rey está con Ramiro,
Fuerza ha de ser escucharlos.

¿Tan de repente, Señor,
Honras, mercedes y cargos?

Sale LA REINA á la otra parte
del paño.

Ramiro está con mi esposo:
Alguna desdicha aguardo.

Pues para que conozcáis
Cuánto os quiero, estimo cuanto
Por principio de mi fe,
Este papel os encargo;
Llevareis donde dice

Con diligencia y cuidado:
Todo mi honor está en él;
No se le he fiado á Carlos,
Porque me importa el sosiego;
La vida estoy aguardando
Con la respuesta, Ramiro,
En él mis dichas restauro;
Sea luégo y no le fies
De amigo ni de criado
Que á vos también os importa.

Yo voy luégo.

Y yo os aguardo. (Vase.)

Yo iré.
Pues agora salgo
Y pido aqueste papel,
Que puesto que importa tanto,
Me ha de agradecer el Rey
Que yo me haya adelantado.

Pues obedecer conviene,
Obre el cielo.

Ten los pasos;
Dame, Ramiro, el papel.

Señora...
Ya yo sé el caso,
Que un negocio que me importa
Se ha de hacer ántes: yo mando
Que me le deis.

Yo obedezco.
(Dásele á la Reina.)

El correo que ha llegado
Me ha avisado que mi tío
Don Jaime, el infante, ha dado
A la carrera del mundo
Los precipitados pasos;

En efecto, ha muerto ya.
Tú agora como criado
De quien fio mis secretos,
Puedes hacer que en palacio
Le digan luégo esas misas;
Esto no permite espacio,
Esto importa más que todo,
Y puesto que importa tanto,
Mientras que á Dios le encomiendo
Puedes hacer lo que mando.

Obedecer es justo. (Vase.)

Bien mi intento se ha trazado,
Aquesta es buena ocasion;
Ahora bien, yo me adelanto.

¿Dónde vais, Carlos?
Señora;

El rey Dionís me ha mandado
Que buscase á don Ramiro
Para que me dé el despacho
De un papel que importa mucho.

Carlos, este es el papel.

Ya como noble vasallo
Os he servido.

Lo que tengo en vos, don Carlos. (Vase.)

A llevar voy el papel
Donde dice, que así alcanzo
Que culpe el Rey á Ramiro
Y me agradezca el cuidado. (Vase.)

Sale TARABILLA.

Aqueste mundo, Señores,
Todo es traza, todo es modos,
Y en él nos morimos todos
De enfermedad de doctores;
Y echando por el atajo,
Pues tan mortales nos vemos,
Seor Tarabilla, bajemos
Treinta puntos más abajo;
El Rey sale, y traigo aquí
Un arbitrio que he pensado.
Que no he de ser desgraciado
Pues ser bufon escogí.

Sale EL REY.

Oh gracias á mis recelos,
Que esta vez han de acabarse
Con la vida de Ramiro
Mis celos y mis pesares;
¡Oh gracias!—¿Quién está aquí?

Aquí, Señor, no está nadie.

¿No sois álguien vos?

Siempre me dijo mi madre
Que no era nadie en el mundo.

¿Qué queréis?

Quiero contarte
Cierto librito que he escrito,
Que ha de ser muy importante
Á todas las damas cultas,

Sale TARABILLA.

Aquel artífice grande
Que está fabricando el fuerte
Que orillas de la mar haces
De Peña muerta y cal viva,
Me ha dicho que quiere hablarte.

Entre; de nuevo recelo
Mayores penas y males.

Sale EL ARTÍFICE.

Deme los piés vuestra alteza.
Levantad.

¿Conoceis este papel
Que esta mañana me enviasteis?

Si le leéis lo sabré;
Decid.

Dice así, escuchadme.

(Lee.) «Maestro mayor de la fábrica
del nuevo fuerte que está á la orilla
del mar: Al que éste lleva hareis
confesar y echaréis dentro de uno de
los hornos de cal viva que están á
vuestra disposición; sea con secreto
que á mí me va la opinion y á vos la
vida.»

Es verdad, yo le escribí.

Pues apenas llegó á darme
Este cerrado papel
De su desdicha ignorante,
Cuando obediente dispongo
De vuestros decretos reales
La ejecucion y el castigo;
Pero al tiempo de arrojarle
A ser inútil ceniza
De ardientes llamas voraces,
Para hablarme estas razones
Me pidió que le aguardase:
«Capitan (me dijo entónces)
Hoy pretenden castigarme
Los cielos de mis delitos
Puesto que son los más graves.
Contra el Rey he cometido
Tal ofensa, injurias tales,
Que han permitido los cielos
Que á tus rigores los pague;
Al rey Dionís he ofendido,
Traidor he sido á su sangre,
La Reina fué el instrumento.»
Y desvaneciéndose al aire,
Su cuerpo sujeto al plomo,
Le solicitó cadáver;
Urna de nieve es el mar
En cuyo túmulo yace
Escarmiento de sí mismo
En campanas de diamante;
Yo he dado la justa muerte
Al mismo que tú me enviaste;
Él dijo que era traidor:
Que lo ha sido, tú lo sabes,
Que te serví, ya lo has visto,

Con la verdadera imagen
De Cristo crucificado,
Fijo el hermoso semblante
Arrobada se suspende,
¡Qué grandes dificultades,
Volviendo por su inocencia
A ser mayores se añaden!
Sin duda que el cielo quiere
Que mi honor dificultase,
Que un grande escrupulo siempre
Se trueca en amor más grande;
Pero áun más queda que hacer:
Correr quiero el velo ántes

Que deje la devocion;
Llamar aquí es importante
A Carlos para que vea...

Corre la cortina.)

Corre la cortina.)

Como Rey puedes mandarme,
Pues como noble vasallo
He de aguardar que me mandes.

¡Vive Dios! que mis sospechas
Salieron ciertas verdades.
¡Oh traidor! ¡Oh vil Ramiro!
Que á voces lo publicase!
¡No lo callara en la muerte
Ya que en la vida lo obrase!
¡Ah vil Ramiro!

Sale DON RAMIRO.

¿Señor?
¿Qué es esto?—¿Tú no llevaste
Un papel que yo te di?

La Reina quiso obligarme
Que fuese á oír unas misas
Por el infante don Jaime,
Y quedé con el papel.

¿Y ella?

Sale LA REINA.

Tente, no te agravies
De lo mismo que es tu honor;
Carlos vino de tu parte
Y dijo que se le diese.

¿Luego á Carlos arrojaste
En el horno?

Yo, Señor,
Leí que al que lo llevase
Le diera la justa muerte:
Hice lo que tú mandaste.

Este es decreto del cielo
Que ha querido castigarle.
Señora, si agora bastan...

Ya miro por las señales
Que conoceis mi inocencia.

Yo prometo...
Señor, ántes

Que prometáis á la Reina,
Tu voluntad, quiero darle
Esta cadena que un día
Me dió para que gastase
Con los pobres, porque ya
Que de su inocencia sabes,
No es necesario venderla.

¡Hay desengaño más grande!

Escuchen vuestas mercedes;
Doña Blanca ha de casarse
Con don Ramiro allá dentro;
Ha de ser la noche grande.
Hay comedia de repente
Donde hay grandes disparates,
Que los remite el poeta
Para la segunda parte.